
Alejandra M. Salinas

Hacer memoria a cien años de la Revolución rusa

El buen uso de la memoria es aquel que sirve a una causa justa, no el que se conforma con reproducir el pasado.

T. Todorov

La vida es en sí misma libertad. Todo lo que es inhumano es absurdo e inútil.

V. Grossman

El siete de noviembre de 2017 se cumplieron cien años de la revolución que inauguró el sistema político más criminal de la historia humana: el comunismo de origen marxista-leninista. En su exhaustivo trabajo de recopilación de estadísticas sobre democidios —término que remite a las muertes causadas por los gobiernos, incluyendo guerras, genocidios y hambrunas forzadas— el profesor R. J. Rummel afirma que los regímenes comunistas mataron a 148 millones de personas entre 1900 y 1999 (Rummel, 2005).¹ Considerando las espantosas consecuencias que el sistema acarreó para las sociedades que lo sufrieron, y que todavía lo sufren, puede afirmarse sin titubeos que, en tanto pionera e inspiradora, la Revolución bolchevique fue el acontecimiento político más significativo y más nefasto del siglo XX.

¹El autor contabiliza 61,911,000 víctimas del accionar estatal en la URSS (1917-1989), y 73,226,000 del Estado chino entre 1949 y 1999.

Entre los pensadores que de inmediato tomaron conciencia de los tremendos peligros asociados con la expansión del comunismo sobresale L. von Mises, cuya obra *Socialismo* (1922) fue al mismo tiempo profética y paradigmática, no sólo en su tesis sobre la inviabilidad del sistema económico instaurado en 1917, sino fundamentalmente en cuanto a su naturaleza criminal:

El significado real de la revolución de Lenin debe verse en el hecho de que fue la explosión del principio de irrestricta violencia y opresión. Fue la negación de todos los ideales políticos que durante tres mil años habían guiado la evolución de la civilización occidental Mientras tal espíritu prevalezca no podremos esperar que existan la paz duradera y la democracia, que se salvaguarde la libertad y que mejore progresivamente el estado económico de los pueblos (Mises, 1961 [1922], p. 582).

ALEJANDRA M. SALINAS tiene un doctorado en sociología por la Universidad Católica Argentina (UCA), y actualmente enseña filosofía política y social en la Universidad Nacional de Tres de Febrero y en la Facultad de Ciencias Sociales de la UCA (Buenos Aires, Argentina).

Este ensayo fue publicado originalmente en *Duodécimo Concurso de Ensayo Caminos de la Libertad: Memorias* (México: Fomento Cultural Grupo Salinas, 2018), pp. 279-308. Se reproduce con la debida autorización.

También I. Berlin y K. Popper recalcaron que el objetivo de la Revolución comunista fue destruir el orden político y económico, fruto de largos procesos de evolución institucional. Para el primero, una “nueva era” comenzó después de la Revolución bolchevique: ya no se usaría la razón para evaluar críticamente los fundamentos de la obediencia política, sino que se impondría por la fuerza un único modelo de sociedad (Berlin, 2002, pp. 69-77, 82). Popper comprendió que la revolución violenta se convertiría en “el elemento más perjudicial del marxismo”, y que las alternativas políticas que a partir de entonces se presentarían eran fundamentalmente dos: la actitud razonable de intentar zanjar las diferencias políticas mediante la argumentación, y el debate; es decir, sin derramar sangre ni actuar con la irracionalidad de la violencia (como se cita en Verdugo, 1989).

En la misma línea, el objetivo de este ensayo es recordar el trágico legado de la Revolución bolchevique, reflexión que resulta relevante no sólo para compensar que tantos celebren su centenario, sino porque el comunismo todavía azota a varios países, y sus promotores y apolo-gistas subsisten en muchos ámbitos de la vida social.

Uno de esos ámbitos es la universidad. Ya en 1922 Mises advertía sobre las universidades como sus principales difusoras. Para actualizar este diagnóstico cabe señalar que, en 2016, el *Manifiesto Comunista* era el tercer libro más citado en los programas universitarios de Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá, Australia y Nueva Zelanda: en los cursos de Economía, el libro ocupaba el 71º lugar; en los de Política, el octavo; en los de Historia, el cuarto, y en Sociología, el tercer lugar (Berry, 2016).

Una lectura posible de estos datos, es

que aunque el texto de Marx y Engels ha sido, en gran medida, descartado como explicación para analizar la economía (después de todo, el capitalismo se ha fortalecido, extendido y elevado el nivel de vida en el mundo), todavía sigue vigente como fuente de inspiración revolucionaria.

Quizá la vigencia del *Manifiesto Comunista* en las carreras de sociología y humanidades sea simplemente el resultado de una respuesta obediente al pedido de Lenin:

Que los intelectuales repitan menos lo que ya sabemos nosotros mismos y nos den más de lo que todavía no sabemos, de lo que jamás podremos saber por nosotros mismos a través de nuestra experiencia fabril y ‘económica’, o sea: conocimientos políticos. (Lenin, 1981 [1902])

Sea cual fuere la explicación, es al mismo tiempo significativo y preocupante que los estudiantes en esos países (y probablemente en el resto del mundo) tengan que leer más a Marx que a autores liberales: *On Liberty*, de J. Stuart Mill, es el título liberal más mencionado en los programas de estudios, pero figura dieciséis posiciones más abajo que el *Manifiesto*.

Los textos de Mill y Marx ilustran la oposición entre la tolerancia democrática y el método revolucionario, entre el cambio pacífico y el violento, que cristalizaron en dos sistemas políticos antagónicos: por un lado, el Estado de derecho, las instituciones representativas y el gobierno limitado; por el otro, el colectivismo, el antagonismo permanente y el gobierno opresivo, del cual la URSS fue primer exponente y artífice.

Luego de la caída del Muro de Berlín, la oposición entre los dos modelos continuó. Hacia fines de 1993, Václav Havel

escribía: “Estamos preocupados por el destino de los valores y principios que el comunismo rechazó y en cuyo nombre lo resistimos y finalmente lo derribamos” (Havel, 1994). En otras palabras, el fin del comunismo en Europa del Este no se había traducido en el fin de la historia como el triunfo del liberalismo. Esta inquietud sigue hoy vigente y nos interpela de forma directa: ¿quiénes se están haciendo cargo de defender y promover los valores y principios liberales en el mundo actual? Subyace a esta pregunta la necesidad de asumir la responsabilidad de refutar las ideas contrarias y condenar todo sistema que atente contra esos valores y principios. Debemos insistir, una y otra vez, en que el comunismo de origen marxista-leninista y sus variantes jamás serán un sistema legítimo en tanto constituyen una aberrante violación de la libertad, de los derechos y de la dignidad de las personas.

Además de la misión intelectual de refutar las ideas comunistas, existe la responsabilidad moral de recordar y denunciar los horrores de las experiencias totalitarias implementadas en el siglo XX con base en esas ideas. A diferencia de la investigación histórica, que aporta nuevos conocimientos acerca de los hechos pasados; a diferencia de la filosofía política, cuyo fin es examinar la invalidez de la justificación de esos hechos; y, a diferencia de la justicia, cuyo objeto es castigar los crímenes cometidos, hacer memoria no implica aportar novedades, ni analizar argumentos, ni evaluar el alcance y la naturaleza del castigo. La memoria tiene un propósito más modesto, pero no menos importante, que consiste en traer a la luz aquello que ha sido olvidado o ha permanecido oculto y minimizado, es decir, se propone publicitar y difundir lo que sucedió en los regímenes comunistas opresivos.

A la luz de este propósito, ¿qué significa entonces hacer memoria? Como ya mencioné, la tarea de la memoria es independiente de la investigación histórica, la reflexión filosófica y la evaluación judicial pero, como todas ellas, debe ser justificada. Una vez investigados y juzgados los crímenes, ¿no sería preferible intentar olvidar lo ocurrido y confiar en que la tragedia no se repetirá? ¿No es cierto acaso —dirán algunos— que sólo quedan islas de comunismo que colapsarán también bajo el peso de su fracaso auto gestionado? Si es así, ¿para qué embarcarnos en el esfuerzo de hacer memoria, en lugar de abocarnos a otros propósitos y ocupaciones más urgentes de cara a las demandas presentes y futuras? Hay una pléthora de respuestas posibles a estas preguntas, que resaltan la necesidad y la relevancia de la tarea memorística y los modos en que ella puede ser llevada adelante.

En primer lugar, es necesario hacer memoria sobre la ferocidad comunista porque esta no ha sido suficientemente condenada ni en los sectores educativos ni en los medios de comunicación. Al comparar el totalitarismo nazi con el comunista, el escritor húngaro T. Todorov afirma que hay más consenso en condenar al primero porque, entre otros factores, fue transparente en comunicar sus objetivos y acciones, mientras que el comunismo decía lo contrario de lo que hacía; además, las víctimas del nazismo poseían una identidad más “fuerte” que las del comunismo (Todorov, s/f). Podría agregarse a esta tesis el hecho de que el nazismo tuvo una vida más corta que el bloque soviético (1933-1945 contra 1917-1989/1991), demorando el inicio de la investigación por los crímenes cometidos en estos últimos; que los comunistas tuvieron éxito en su presión internacional para no ser criticados, y que sus simpatizantes han sido más numerosos debido al

amplio alcance de su discurso emancipatorio, dirigido a todos los “oprimidos” del mundo. En resumen: es el desequilibrio y el retraso —términos intercambiables con laguna, silencio, ceguera, o como se quiera llamarlo— en la memoria del totalitarismo comunista, lo que nos exige recordar la tragedia del mismo en momentos en que otros celebran el centenario de su nacimiento.

En segundo lugar, cabe señalar que la memoria apunta a transmitir a las nuevas generaciones las verdades acerca del pasado traumático. Es la memoria la que lo mantiene vivo y colabora con la investigación para no quedar prisioneras de las mentiras o de la nostalgia, dos actitudes siempre útiles para quienes promueven la causa de un futuro utópico. Una memoria honesta y realista puede disuadir de este último intento, o evitar que se acepte y se propague, mostrando el lado oscuro del comunismo. En este sentido, *El libro negro del comunismo*, publicado en 1997, provee información exhaustiva al respecto. Además del mérito de la investigación, ha de resaltarse su compromiso con “la obligación moral de honrar a las víctimas” al incluir, en el ejercicio de la memoria, el sufrimiento y el exterminio de millones de personas bajo el comunismo (Courtois, 1997). Los autores formulan una pregunta elemental pero usualmente ignorada: “¿Por qué esa incapacidad para colocar en el centro del análisis del comunismo un factor tan esencial como el crimen, el crimen en masa, el crimen sistemático, el crimen contra la Humanidad?”

Junto a los autores, creemos que existe una obligación moral de incluir esos crímenes, a sus perpetradores y a sus apologistas, en la memoria del comunismo, lo que nos lleva a preguntar quiénes deben asumir tal tarea. Si esta queda relega-

da al criterio de funcionarios u organismos públicos gubernamentales, como ya vimos, puede resultar sesgada, monopólica, o manipulada para imponer la visión —o la voluntad de omisión, según sea el caso— del poder dominante.

Por otro lado, si la memoria queda limitada a la universidad como espacio de investigación y de transmisión de datos y teorías, ¿qué sucede cuando el mundo académico hace silencio, olvida o filtra la información pertinente? Por esta razón, debe fomentarse la participación de personas y grupos como, por ejemplo, los descendientes de las víctimas, analistas, periodistas, fundaciones, escuelas, etc. para que hagan oír su voz de condena. En tal caso, su aporte formará parte del acervo de una memoria pública pero no monopólica (como la oficial) ni tampoco distorsionada o parcial (a causa de la ideología predominante en los medios tradicionales de comunicación masiva y en muchas universidades). Desde este punto de vista, hay que trabajar para que exista un pluralismo de memorias, formando una constelación de espacios distintos pero interconectados que se complementen entre sí. En particular, el rol de la sociedad civil (aludo aquí a los nuevos medios de comunicación digital, las organizaciones no gubernamentales en redes internacionales y otras entidades sin fines de lucro) parece fundamental para balancear, complementar y corregir las omisiones y mentiras en la memoria del legado revolucionario.

Un aspecto a considerar en relación con la memoria condenatoria del comunismo es en dónde registrarla. Los monumentos, museos, placas, declaraciones, conmemoraciones, etcétera, son espacios propicios pero sujetos a la voluntad política de cada gobierno. Debe celebrarse la existencia del parque Memento en Buda-

pest, que aloja las estatuas y esculturas asociadas con el régimen comunista luego de ser removidas de las calles, al igual que el Museo del Comunismo en Praga, que incluye documentos, proyecciones y objetos relacionados con la etapa del socialismo en Checoslovaquia. Por su parte, el Instituto de la Memoria Nacional de Polonia lleva adelante la demolición y el traslado de 500 monumentos que simbolizan el dominio soviético en ese país; con el mismo espíritu, el gobierno de Rumania inauguró recientemente el primer monumento oficial a las víctimas del comunismo y acaba de aprobar por ley la creación del Museo del Comunismo. De este lado del Atlántico, la Fundación de las Víctimas del Comunismo fue creada a principios de los noventas en Estados Unidos para administrar un museo virtual dedicado al Gulag, la red de campos de trabajo forzado en la URSS (www.thegulag.org).

En contraste con las iniciativas antes mencionadas, en Rusia no existe hoy ninguna instancia o proyecto de memoria oficial sobre la represión pasada (sólo la actividad de una organización no gubernamental llamada “Memorial”). Resulta lamentable que Rusia haya decidido no recordar a los millones de víctimas del terror estatal ni juzgar a sus perpetradores. Según E. Anstett,

No se han iniciado acciones legales contra los que concibieron y administraron el sistema soviético de los campos de concentración, incluso en el nivel local. Nunca hubo juicios ni intentos de dar lugar a una justicia transicional. No ha existido ninguna comisión que se encargara de establecer el balance de las varias décadas de violencia política institucionalizada, de señalar las responsabilidades individuales o colectivas o de finalmente iniciar una rememoración (citado por Groppo, 2014).

Peor aún: se suma a esta omisión la voluntad de reintroducir los íconos comunistas en la memoria pública. El año pasado, el cuerpo de Lenin fue embalsamado y depositado en un mausoleo a iniciativa del Partido Comunista, a pesar de que, según una encuesta, el 60% de la población consideraba que no debía estar allí (Bonet, 2017). Urge entonces denunciar y contrastar actitudes oficiales como la mencionada con otras voces que recuerden la tragedia de las víctimas utilizando soportes escritos, films, documentales, colecciones de objetos y pinturas, etc.

Por último, toda memoria es producto de una selección de hechos y discursos, una construcción hecha según distintas interpretaciones. Pero la correspondencia entre los hechos y la memoria construida con base en una cierta teoría o interpretación no siempre es transparente. Ya Mises advertía que es un error “pensar que las experiencias desgraciadas hechas con el socialismo pueden ayudar a vencerlo. Los hechos mismos no bastan para probar o refutar nada; todo depende de la interpretación que se les dé, esto es, de las ideas y de las teorías” (Mises, 1961 [1922], p. 526). Stalin comprendió esto mejor que nadie: para él no existían los hechos, sólo las interpretaciones, y por ello convocó a los artistas a ser “ingenieros de almas humanas” para promover la idea “correcta” sobre la realidad (citado en Berlin, 1969, p. 82) Para exponer tales actitudes, las intenciones y teorías detrás de toda memoria deben ser explicitadas, y las máscaras removidas para que esa memoria sea prístina.

Una de las máscaras más usuales en la memoria de los atropellos comunistas ha sido la de justificar su supuesta “moralidad”. Tal como lo exponen sus mentores, mientras la moral burguesa es considera-

da “ideología”, la moral comunista no lo es, porque al eliminarse la propiedad privada se pone fin a la explotación y la ideología que la encubre. Este doble estándar moral fue sintetizado por Sartre: “El burgués nunca será moral. En cambio, los obreros y los campesinos, cuando se rebelan, son totalmente morales porque no explotan a nadie” (citado en Romero, 1999).

Los efectos prácticos del doble discurso son varios; entre ellos, elogiar toda acción revolucionaria o radical porque es un medio para alcanzar la revolución y, al mismo tiempo, condenar toda acción “burguesa” —aunque sea beneficiosa— pues siempre encubrirá intereses de clase. Esta duplicidad en el discurso y en la acción explica gran parte de las reacciones frente al comunismo que lo minimizaron, ignoraron u ocultaron, o que lo defendieron en nombre de una falsa promesa devenida en criminal utopía.

La impronta revolucionaria y su impacto en América Latina

En la construcción de la memoria, debemos recordar que el recurso a la armas fue justificado en la teoría y en la práctica por Karl Marx desde el comienzo. Si en 1848 el autor afirmaba que “no tenemos compasión [...] sólo hay un camino para que las agonías del asesinato de la vieja sociedad y los sangrientos dolores de parto de la nueva sociedad se puedan acortar, simplificar y concentrar, y ese camino es el terror revolucionario” (Marx, 1848), luego insistiría en que “la violencia es la comadrona de toda sociedad vieja que lleva en sus entrañas otra nueva” (Marx, 1946). Escrito junto a F. Engels, también el *Manifiesto Comunista* es un compendio de las ideas principales que inspirarían el terror revolucionario:

[...] dado que el modo de producción y la estructura económica determinan la vida social, esta puede ser entendida como una continua lucha entre explotadores y oprimidos, burgueses y proletarios, situación que finalizará sólo mediante la expresión máxima del odio de clase —la revolución— seguida de la dictadura del proletariado. De acuerdo con este léxico, la burguesía “forja las armas que habrán de darle muerte” (Marx y Engels, 1848).

En la práctica, el terror conducente a instalar el sistema comunista fue aplicado y sistematizado con éxito por Lenin, continuado y exacerbado por Stalin y por sus sucesores, promovido por los intelectuales ortodoxos, e implementado en varios países a lo largo del siglo pasado. Incluso el “disidente” Trotsky celebró la Revolución de Octubre y luego condenó los regímenes subsecuentes: “el triunfo de la burocracia, con sus sistemas de opresión, de falsificación y de expoliación [...] la dictadura de la mentira” (Trotsky, 1937). A pesar de ello, no vaciló en justificar el asesinato: para Kolakowski, Trotsky y los comunistas “nunca se preocuparon por las habladurías del sacerdocio kantiano y de los cuáqueros vegetarianos sobre el ‘carácter sagrado de la vida humana’ [...] las cuestiones morales son cuestiones de estrategia y táctica política [...] ningún medio debe ser descartado por motivos morales si puede servir a la causa del poder comunista” (Kolakowski, 1983, p. 89).

Décadas después, Sartre y Merleau-Ponty continuaban justificando el uso de métodos violentos para emancipar al hombre de las instituciones supuestamente represivas. En el “Prefacio” a *Los condenados de la tierra* (1961), por Frantz Fanon, Sartre escribe al respecto: “[...] esa violencia irreprimible no es una absurda tempestad ni la resurrección de instintos salvajes ni siquiera un efecto del

resentimiento: es el hombre recomponiéndose” (Sartre, 2011, p. viii).

En aquel entonces, la filosofía revolucionaria y violenta del marxismo y de Sartre fue analizada magistralmente por Raymond Aron y criticada por Albert Camus en su obra *El hombre rebelde* (1951) y en textos como el siguiente:

A través de los cinco continentes, y en los próximos años, va a continuar una lucha interminable entre la violencia y el diálogo, y la verdad es que las posibilidades de la primera son mil veces superiores a las de este último. Pero siempre he creído que si bien el hombre que espera en la condición humana es un loco, el que se desespera por causa de los acontecimientos es un cobarde. Y de ahora en adelante, el único honor será el de mantener obstinadamente esta formidable apuesta que decidirá, al fin, si las palabras son más fuertes que las balas (Camus, s/f).

Desgraciadamente, las balas comunistas continuaron silbando por un largo tiempo y se multiplicaron a través de la acción de intelectuales, políticos y guerrilleros en casi todos los continentes.

En el caso de América Latina, hasta la década de 1960, el impacto de las balas revolucionarias en la realidad política fue relativamente marginal, pues la zona estaba fuera del radio de interés de la URSS, que buscaba promover la revolución en países ya industrializados. Esto cambió con la Revolución cubana de 1959, a partir de la cual los nacientes movimientos guerrilleros urbanos y rurales regionales recibieron un fuerte impulso (Williamson, 1992). Vinieron dos décadas de acción revolucionaria seguidas de intensa represión estatal, en una espiral de lucha cuyas consecuencias continúan hasta el día de hoy, como los casos de Cuba y Venezuela tristemente lo demues-

tran. El derrotero del marxismo-leninismo en la región fue analizado por Carlos Rangel, para quien el argumento revisionista de Lenin desarrollado en *El imperialismo, etapa superior del capitalismo* (1917) resultó funcional a aquellos latinoamericanos que en los años sesentas y setentas buscaban atribuir la “culpa” de su atraso y su pobreza al capitalismo (Rangel, 2002 [1987]). Rangel nos ayuda a entender cómo el discurso anti-imperialista y anti-colonialista, junto al binomio “liberación o dependencia”, se convirtieron en latiguillo y cómo, cobijados bajo el ala soviética y cubana, los activistas del “Tercer Mundo” se lanzaron a la acción armados con fusiles y con libros para promover su propio imperialismo.

De aquellos militantes, una figura principal debe ser incluida en el registro de la guerrilla latinoamericana: la de Ernesto Che Guevara, convertido en “héroe” por Castro y sus secuaces a partir de su muerte en 1967. Entre las interpretaciones que apuntalan la construcción del mito del Che, se cuenta el film *Diarios de motocicleta* (2005), que lo presenta como un joven preocupado por resolver la pobreza y salvar vidas (Salles, 2005). En realidad, a Guevara poco le importó la vida de los otros: ejecutó y mandó a asesinar a miles de personas, a pesar de lo cual su imagen es venerada y su foto portada en manifestaciones multitudinarias convocadas en nombre de la liberación humana. Contra la falsa imagen del ícono humanitario, su mensaje al Congreso Tricontinental (1967) refleja al verdadero Che, apologista del derramamiento de sangre para implementar un régimen comunista:

[...] la única manera de lograr la libertad y ser independientes [...]. El odio como factor de lucha; el odio intransigente al

enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal (Guevara, 1967).

Entre quienes recurrieron a los libros para luchar contra el capitalismo en aquellas décadas se incluyeron numerosos intelectuales y académicos, demasiados para analizar en este corto ensayo. El siguiente párrafo ilustra el clima universitario de entonces:

Declararse no marxista era un crimen para el cual la excomunión era un crimen menor. Los marxistas se excomulgaban entre sí, pero debe recordarse que la herejía es participación en lo sagrado (Dominguez Michael, 1983).

En los años ochenta, muchos se quisieron alejar de la apología del terror inaugurado en 1917, con la ilusión de rescatar el ideario marxista del inminente colapso. Por caso, el profesor de la Universidad de Buenos Aires, Atilio Borón: “El marxismo nada tiene que ver ni con los socialismos utópicos del siglo XIX ni con los socialismos realmente existentes plasmados a partir del extravío de la Revolución Rusa” (Borón, 2000). Confirmando una vez más la contradicción de buscar la paz emancipadora mediante el uso de las armas, recientemente Borón no ha titubeado en recomendar al dictador Nicolás Maduro usar todo el aparato del ejército para aplastar a los opositores a su régimen (Borón, 31 de mayo de 2017).

Otro intelectual crítico del modelo soviético, pero fiel al sangriento espíritu marxista, es Slavoj Žižek, quien distingue entre la violencia “objetiva o sistémica”, propia de la estructura de las “relaciones de explotación del capitalismo”, y la “subjetiva”, propia de los criminales y

terroristas. Para el autor, la primera debe ser denunciada con más vehemencia que la segunda; más aún, afirma que los criminales son “sujetos que actuaron mal”, pero que nadie se hace responsable de “los millones de personas que murieron como resultado de la globalización capitalista” (Žižek, 2010, 9-27, 52-53). Žižek concluye que los *liberals* “son en la actualidad el enemigo de cualquier lucha progresista”. ¿Qué hacer entonces con ellos? El autor encuentra la respuesta en el poema “La pregunta sobre el bien” de B. Brecht:

Escúchanos: sabemos que eres nuestro enemigo.
Por ello te pondremos frente al muro. Pero en consideración
a tus méritos y buenas cualidades
te pondré frente a un buen muro y te dispararemos
con una bala buena de un arma buena y te enterraremos
con una pala buena en la buena tierra

(citado por Žižek, 2010, p.65)

La instigación al crimen que promueve Žižek es otra muestra de la inviabilidad del comunismo “con rostro humano”, algo que a muchos les ha costado aceptar. Quien sí reconoció esa imposibilidad hacia fines de los sesenta fue Mario Vargas Llosa. En su discurso al recibir el Nobel en 2010 reconoce que de joven fue marxista y luego cambió de postura al ver los derroteros de la Revolución cubana y de URSS, el relato de los disidentes, y luego de leer a los críticos del marxismo con quienes reconoce su deuda intelectual: Raymond Aron, Jean F. Rével, Isaiah Berlin y Karl Popper (Vargas Llosa, 2010).²

²Ver sobre este tema el texto “Cruzando el umbral de la sociedad abierta: ideología y libertad en las primeras novelas de Mario Vargas Llosa” (Cole, 2012).

Vargas Llosa no estuvo solo en su cambio ideológico. Octavio Paz afirmó haber dejado atrás el socialismo en 1974 al leer el *Archipiélago Gulag*, al igual que el español Jorge Semprún (Krauze, 2010; Paz, 2000; Semprún, 2009). Pero los arrepentidos públicamente fueron una minoría. El legado del ímpetu revolucionario siguió acompañado por la deshonestidad e irresponsabilidad de gran parte de sus activistas y defensores intelectuales, hasta el presente.

Entre los pocos que recientemente cuestionaron la actitud mayoritaria frente a ese legado, figura la profesora Claudia Hilb, autora de *Silencio, Cuba: La izquierda democrática frente al régimen de la Revolución Cubana*, donde aborda la actitud de los “progresistas” frente a Cuba, actitud que hizo y todavía hace caso omiso de los crímenes allí cometidos (Hilb, 2010). Su libro constituye una combinación de rigor en la investigación acerca de los hechos, una prosa elegante y elocuente, y una actitud sincera que invita a plantearse el porqué de tanta hipocresía respecto del totalitarismo cubano y la necesidad de exponerla públicamente. Con idéntico propósito, el ex guerrillero argentino Óscar del Barco se sumó a la tarea de reflexionar e invitar a una memoria honesta sobre el pasado. En una carta hecha pública, del Barco escribe, a modo de confesión, lo que considero algunas de las palabras más honestas y directas en este tema:

[...] fuimos partidarios del comunismo ruso, después del chino, después del cubano, y como tal callamos el exterminio de millones de seres humanos que murieron en los diversos gulags del mal llamado ‘socialismo real’. ¿No sabíamos? El no saber, el hecho de creer, de tener una presunta buena fe o buena conciencia, no es un argumento, o es un argumento bastardo. No sabíamos porque de alguna

manera no queríamos saber. Los informes eran públicos (del Barco, 2004).³

La carta citada no fue la actitud prevalente entre quienes empuñaron las armas: reconocer el exterminio masivo efectuado en los sistemas que ellos defendían implicaba auto-incriminarse y socavar la pretensión de legitimidad y el supuesto halo humanitario de su misión.

A la luz de la impronta revolucionaria, ¿cómo condenar su herencia? En otras palabras, ¿de qué manera construir y difundir la memoria de la tragedia revolucionaria comunista? En el próximo apartado elaboro un breve análisis sobre el rol del artista en esa tarea.

Las formas artísticas de la memoria

El arte siempre ha sido un lenguaje propicio para abrir los ojos a los devastadores efectos de los abusos políticos en la vida de las personas. El arte representa, “pone en escena”, los temas fundamentales que recorren la historia humana, les adscribe un espacio público y les otorga entidad y voz. ¿Cómo ilustrar mejor la recurrente tensión entre ley positiva y ley moral que remitiendo a la *Antígona* de Sófocles? ¿Acaso es posible permanecer impávidos frente al tirano *Ricardo III* de Shakespeare? Y, ¿cómo no empatizar con la indignación del pueblo en *Fuenteovejuna*, o evitar la tentación de invocarla cuando el avasallamiento se vuelve insoportable? El artista nos conecta con el sufrimiento humano, describiendo estados de ánimo, pensamientos y acciones de un modo íntimo y conmovedor que, por lo general, resultan ajenos a la gran narrativa histórica. En tanto apelan al sentimiento y la imaginación creativa, las formas artísticas

³Ver también Leis (2013).

de la memoria pueden transmitir su mensaje a un público más amplio que aquel sólo interesado en leer teorías o conocer personajes y datos históricos.

La capacidad del arte para recrear la brutalidad de un régimen opresivo y publicitar esa imagen a través del tiempo y del espacio, constituye siempre un desafío al poder. De allí las prácticas gubernamentales de censura y quema de libros, y la igualmente tenaz persecución o encarcelamiento de sus autores en los sistemas totalitarios. Pero, a pesar de esos esfuerzos, la inmaterialidad del arte lo torna indestructible y ubicuo y, por ello, especialmente indicado para transmitir las memorias:

Los detentores del poder son capaces de destruir a aquellos a quienes quieren someter. Pero no tienen ningún dominio sobre los valores estéticos, éticos y espirituales que hay en las obras producidas por ciertos artistas. Antes, como ahora, sin esas obras la humanidad no podría sobrevivir. Y en eso reside el triunfo de los héroes frágiles de nuestro relato (T. Todorov, citado en Ruy Sánchez, 2017).

Repasemos entonces el aporte de algunos de esos héroes al objetivo que aquí ocupa nuestra atención.

En el campo de la ficción literaria, uno de los primeros textos anti-comunistas exitosos fue el de Ayn Rand, *Los que vivimos* (1936). Ambientada en la Rusia postrevolucionaria, la novela es un alegato contra la sumisión, el miedo y la crueldad impuestos por el régimen soviético, que afectan en forma desigual a los personajes: mientras la protagonista Kira está dispuesta a pagar el precio de su rebeldía frente al régimen, su interlocutora Irina habla por la mayoría: “¡Tengo mucho miedo! ¿Qué será de todos nosotros? [...] nos esforzamos enérgicamente

en no pensar en nada ... Ellos no quieren que pensemos” (Rand, 1974, p. 74).⁴

Más de una década después, el tema del miedo, la prohibición de expresarse y de pensar con libertad resurge en el libro *1984* de George Orwell, quien introduce la ya legendaria figura del Gran Hermano como metáfora del Estado sin límites. Desde entonces, su recreación del espíritu y del método totalitario constituye una referencia de rigor para transmitir el ambiente pesadillesco de ese mundo.

Quizá menos conocida, pero no menos realista y dramática, es el libro *Vida y destino* de Vasili Grossman.⁵ Redactado en 1960, fue censurado, sacado clandestinamente de la URSS y publicado póstumamente en 1980. La novela trata sobre la guerra y la opresión política, y narra —entre otras situaciones— la incitación de Stalin al odio, la agresión y el atropello, aceptados por una mayoría de personas sumisas. Escribe el autor:

La extrema violencia de los sistemas totalitarios demostró ser capaz de paralizar el espíritu humano en continentes enteros [...] La eterna, ininterrumpida violencia, directa o enmascarada, es la base del totalitarismo (Grossman, 2008b, pp. 262-64).

Grossman se pregunta —y nos pregunta a todos— si es posible que el totalitarismo transforme el espíritu humano o si la tendencia del hombre a la libertad es inmutable. Su respuesta es en parte un alivio, pero también un desafío: si el hombre es condenado a una situación de esclavitud, afirma el autor, lo es “por el destino, no

⁴Véase el *trailer* de la película filmada en Italia en 1942 (y luego censurada): [//www.youtube.com/watch?v=uiz1ssCLbAs](https://www.youtube.com/watch?v=uiz1ssCLbAs).

⁵Ver también, del mismo autor, *Todo fluye* (Grossman, 2008a).

por naturaleza” (2008b, p. 264). Grossman cree que es posible aunar esfuerzos para que ese destino no se realice, y concluye con una suerte de consuelo para el tiempo que le tocó vivir: “La aspiración innata del hombre a la libertad es invencible; puede ser aplastada pero no aniquilada”.

La crítica al terror comunista también anima las obras del Premio Nobel Alexander Solzhenitsyn, *Un día en la vida de Iván Denisovich* (1962) y *Archipiélago Gulag* (1973). Para el autor, la obligación de su arte era relatar la verdad de lo sucedido en los campos de trabajo forzado de la URSS. Además de narrar la dura realidad del Gulag, Solzhenitsyn escribió un texto sobre la Revolución rusa donde presenta una crítica al método revolucionario y a los actores que permitirían su llegada al poder. Como señala Daniel Mahoney, Solzhenitsyn afirma la inmoralidad del nihilismo violento y la ingenuidad de eliminar la propiedad privada confiando que la gente trabajaría con igual tesón en las tierras colectivizadas (Solzhenitsyn, 2017; Mahoney, 2016). A lo largo de los años, el autor ruso criticó la crueldad oficial en cartas y otros escritos que eran ignorados por el régimen:

Sería hora de reflexionar: la reclusión de hombres sanos, de pensamiento libre, en manicomios, es un asesinato moral, es una variante de las cámaras de gas, más cruel aún que éstas: los sufrimientos de los asesinados son peores y más prolongados. Como las cámaras de gas, estos crímenes no serán olvidados y todos los que en ellos participaron serán juzgados sin término de antigüedad, en vida y después de su muerte (VV.AA., 1971).

Su valiente y abierta crítica le valió la persecución, el silenciamiento y, finalmente, la deportación.

En la saga del arte que denuncia los

métodos y los efectos del totalitarismo merece destacarse la voz de otros tres grandes artistas. El primero de ellos es Zhang Yimou, cineasta chino director de *Vivir* (*To Live*, 1994), film que trata sobre la dinámica de una familia entre 1940 y 1970 y cómo sus vidas se ven afectadas por la revolución y el régimen maoísta, así como las tremendas desgracias que ello les acarrea. *Vivir* describe la vida antes y después de la revolución comunista: de la riqueza, la paz y el ocio, la familia pasa a la pobreza, la guerra y al trabajo prolongado y de subsistencia. Hay quien piensa que

[...] el advenimiento del comunismo fue el instrumento de la salvación para Fugui, quien pasó de ser un representante arquetípico de la clase dominante, totalmente irresponsable y decadente, a ser un héroe proletario y un marido y un padre fuerte y responsable frente a la adversidad severa y la pérdida (Thomas, 1994).

El argumento sugiere que las desgracias asociadas con el comunismo pueden considerarse, no como una tremenda pérdida material y espiritual, sino ¡como una oportunidad para que las personas se conviertan en seres “fuertes y responsables”! Interpretaciones como ésta dan muestra de la gran irresponsabilidad y superficialidad con que se construye la memoria pública del comunismo.

Felizmente Yimou evadió esa irresponsabilidad y decidió retratar la catástrofe comunista en toda su crudeza. En tal sentido, *Vivir* contiene varias escenas desgarradoras: en una de ellas, una joven muere al dar a luz cuando la inexperta “doctora” que la atiende no sabe cómo salvarla (Yimou, 1994, 1:50:26-2:03:32). Es que, en realidad, la mujer no era médico, sino una militante de la Guardia Roja desempeñando ese oficio cuando, en tiempos de la Revolución Cultural, Mao

Tse-Tung envió a los profesionales e intelectuales a trabajar a las zonas rurales. Por este retrato frontal Yimou fue censurado en su país; sólo después de un largo intervalo, durante el cual filmó épicas medievales y marciales, el director chino volvió sobre el tema político. En *Amor bajo el espino blanco* (2010) y *De regreso a casa* (2014), presenta historias de familias divididas y deshechas a causa de la movilización forzada y la reeducación impuesta por la Revolución Cultural.

Una óptica similar a la de Yimou — en términos de la denuncia política del comunismo chino pero, en este caso, circunscripta al retrato de un único individuo — es la del Premio Nobel de Literatura Gao Xingjian en *El Libro de un hombre solo* (2003). La novela es autobiográfica, ya que el autor/protagonista vive exiliado en Francia y recuerda los años sufridos bajo el régimen de Mao durante la Revolución Cultural. Su retrato de la vida cotidiana está repleto de pensamientos y relatos que reflejan los miedos y el tormento causado por la represión política e intelectual. El libro describe los traumas personales y colectivos, demasiado dolorosos como para querer ser recordados con gran detalle: “el recuerdo es exactamente un infierno” (Xingjian, 2003, p. 74). Es la reflexión de alguien enfrentado a las devastadoras consecuencias emocionales del totalitarismo. “El hombre es incapaz de resistir a la violencia del poder, sólo puede huir”, advierte el protagonista. Pero en su huida no puede dejar atrás la marca afectiva que este le imprime para siempre: la resignación y la desconfianza alimentada por la traición de las delaciones, la esterilizante incapacidad para experimentar sentimientos profundos hacia otras personas, y para establecer lazos afectivos permanentes. “Ahora que has sobrevivido ¿para qué preocuparte? Sólo quieres vivir el presente ...” (p. 507). Por

esta razón, y por tantas otras, piensa el protagonista, “hay que preservar la libertad [...] porque las pesadillas no paran de perturbarla” (p. 49).

El Libro de un hombre solo muestra la otra cara de 1984 y de *Los que vivimos*: si 1984 es el retrato de una organización totalitaria y eficiente, y *Los que vivimos* defiende la posibilidad y el coraje de la rebelión individual frente a ella, *Hombre solo* es la mirada de quien se siente completamente derrotado por el sistema. En palabras del autor chino:

Lo que quiero mostrar es cómo la Revolución Cultural, la manifestación más radical de la revolución comunista en un siglo, primero y antes de hacer del hombre un objeto de sacrificio, lo transformó en un siervo. También quise demostrar la impotencia y la fragilidad del individuo barrido por esta tormenta brutal. Tal vez sea más bien la tarea de los historiadores contemporáneos, pero sólo quería presentar un caso personal que constituiría un documento de carácter psicológico que no se encontraría en los archivos ya publicados ni en aquellos que aún no lo son. Lo ofrezco como material para la reflexión (Lee y Dutrait, 2001, pp. 738-748).

La literatura para Xingjian es un modo de reflexión sobre la realidad de la condición humana, no una herramienta de propaganda oficial ni de distracción trivial. No cumple ninguna función ni está atada a un programa político. El escritor no desea “la independencia del arte —por la revolución; la revolución— por la liberación definitiva del arte” (Rivera y Breton, 1938). Por el contrario, su discurso de recepción del Nobel es taxativo sobre los efectos nocivos del arte revolucionario:

Tanto la revolución en la literatura como la literatura revolucionaria sentenciaron a muerte a la literatura y al individuo. El ataque a la cultura tradicional china en nombre de la revolución dio lugar a la

prohibición pública y la quema de libros. Numerosos escritores fueron fusilados, encarcelados, exiliados o castigados con trabajos forzados durante los últimos cien años (Xingjian, 2000).

El objetivo de la literatura no es subvertir, su valor radica en descubrir y revelar lo que rara vez se conoce, lo que es poco conocido, lo que se cree que se conoce pero en realidad no es muy conocido acerca de la verdad del mundo humano. Parecería que la verdad es la calidad ineludible y más básica de la literatura.

Una obra que también denuncia la verdad acerca del sometimiento totalitario es la del escritor cubano Reinaldo Arenas, incansable opositor al gobierno de Fidel Castro. Su autobiografía, *Antes que anochezca* (1992), lidia principalmente con la vida bajo la dictadura de Castro, a quien el escritor califica de “super-estalinista” cuando en 1968 la URSS invade Checoslovaquia y Castro celebra la invasión y arresta a los manifestantes que la rechazan (Arenas, 2013, p. 150). De allí en más, Arenas se rebeló escribiendo una obra que lo llevaría a la cárcel, luego a escondites varios y, finalmente, al exilio. El libro da cuenta de la extrema crueldad, la hipocresía y la miseria del régimen, así como de las consecuencias que ello tiene para él y para su país. En particular, el detalle y el realismo con que describe la situación hacen de su autobiografía un valioso testimonio de la memoria, que conmueve y, al mismo tiempo, indigna.⁶

Además de la prosa de ensayo y ficción, Arenas fue también un gran poeta que transmite el estado de ánimo de quien se siente oprimido y lucha por la libertad a contracorriente. El poema “Introducción

del símbolo de la fe” expresa con belleza su visión desgarradora y al mismo tiempo esperanzada sobre la situación cubana:

[...] Sé que no existe la zona del descanso
que faltan alimentos para el sueño,
que no hay puertas en medio del espanto.

Pero
te seguimos, buscando, puerta,
en las costas usurpadas de metralla,
en la caligrafía de los delincuentes,
y en el insustancial delirio de una conga.

Sé que hay un torrente de ofensas aún
guardadas
y arsenales de armas estratégicas,
que hay palabras malditas, que hay prisiones
y que en ningún sitio está el árbol que no
existe.

Pero
te seguimos buscando, árbol,
en las madrugadas de colas para el pan
y en las noches de cola para el sueño.

Te seguimos buscando, sueño,
en las contradicciones de la historia
en los silbidos de las perseguidoras
y en las paredes atestadas de blasfemias
[...]

(Arenas, 2001, pp. 93-96)

Ya en el exilio, Arenas y otros escritores cubanos fundaron la revista *Mariel*, que registra buena parte de la actividad artística de los exiliados y opositores del castrismo en Estados Unidos. La revista es un catálogo de críticas al castrismo y, por esta razón, merece ser incluida y analizada como objeto de la memoria. Es ilustrativa la entrevista a Arenas luego de su viaje a Europa en 1983, donde es testigo de las simpatías marxistas en la universidad de Estocolmo, y donde observa la infiltración y el alcance de la propaganda soviética y cubana tanto en Suecia como en España. Además de su lúcida lectura, el entrevistado alude al mito so-

⁶La autobiografía fue llevada al cine por Julian Schnabel: *Before Night Falls* (2000).

bre la expansión de la educación y la salud públicas gratuitas en la Cuba de Castro, y con agudeza lo tilda de “adoctrinamiento político”: la educación se paga con trabajo forzado en el campo, y los servicios de salud son sólo para los obreros, ya que los Ministros viajan a atenderse en Miami (VV.AA., 1984, pp. 7-10).

El Arenas activista pronuncia diatribas contra los amigos del régimen (Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Silvio Rodríguez, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Jean Paul Sartre, etc.) y su “furia” no disminuye. En 1988, junto a Jorge Camacho, escribe a Fidel para pedirle que convoque a un plebiscito mediante elecciones genuinas, otorgue la libertad a los presos políticos y permita la libertad de expresión (Arenas y Camacho, 1988). Arenas no obtuvo respuesta, y murió un año después de ver el derrumbe del Muro de Berlín, “la caída de uno de los imperios más siniestros del mundo, el imperio estalinista” (Arenas, 2013, p. 15). En esa fecha, la dictadura de Castro no sólo perduraba, sino que a diferencia de la URSS (desde 1956) y de China (desde 1979) el gobierno cubano no había realizado ningún tipo de autocrítica ni pedido disculpas (Courtois, 2014, p. 132).

Muy lamentablemente, el mundo todavía espera que finalice la tiranía en nuestra región y que lleguen a su fin el comunismo cubano y el venezolano, hermanos en el espanto. Como indica Enrique Krauze en su análisis del ascenso de Hugo Chávez al poder, el régimen bolivariano no es más que el “eterno retorno” de la violencia revolucionaria, y el derrotero de Venezuela en los últimos veinte años no es más que la triste copia del “libreto cubano de los sesenta” (Krauze, 2010, p. 319).

Conclusiones

La Revolución bolchevique marcó el comienzo de un ciclo revolucionario criminal que se extendió durante el siglo pasado y que llega hasta nuestros días. La dimensión trágica de ese ciclo fue tal, que resultó inimaginable para muchos observadores pensar que se podría alcanzar semejante estado de involución en pleno siglo XX. El mismo F. Hayek, autor de *Camino de Servidumbre* (1944), cuyo título hace referencia a los avances de los proyectos estatistas y colectivistas de esa época, tres décadas más tarde observaba:

Lo que ahora me parece equivocado en este libro es sobre todo el no haber destacado bastante la significación de la experiencia comunista en Rusia —falta que es quizá perdonable al recordar que cuando lo escribí Rusia era nuestra aliada en la guerra [...] (Hayek, 2008).

La actitud de Hayek fue compartida por muchos otros que, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, identificaron la causa antinazi como la más relevante en esos días. Lo que a mediados de 1970 ya resultaba evidente era que, a partir de 1917, el modelo soviético había sido “otro modo de llegar al imperialismo” (Borges, 1985) y que, desde el comienzo, se había puesto en ejecución un plan totalitario cuyas consecuencias fueron verdaderamente escalofriantes.

El ideario que inspiró a los movimientos comunistas en todas sus variantes ha sido resumido por H. B. Acton con precisión:

[...] una sociedad en la cual exista administración sin ley, planificación sin errores, dirección sin dominación, alta productividad sin propiedad ni esfuerzo y, pareciera, hombres no reprimidos que sin embargo han dejado la existencia animal atrás (Acton, 1962, p. 236).

Sabemos lo que la implementación de esas ideas produjo: el reemplazo de la ley por la discrecionalidad del partido único; en ausencia de ley, una sociedad de personas con innumerables deberes cívicos pero sin ningún derecho; la planificación centralizada de la economía, con la consecuente pobreza y el hambre generalizada; el trabajo forzado al servicio de una causa que cínicamente invocaba la liberación de toda explotación; la dominación implementada con métodos crueles, y millones de vidas sacrificadas en la lucha contra un enemigo ficticio.

A cien años de la Revolución bolchevique, debemos hacer memoria de los horrores que desencadenó. Con tal fin, este ensayo buscó ofrecer un doble y breve aporte: por un lado, recordar y condenar las ideas básicas que inspiraron el terror revolucionario, a quienes diseñaron y ejercieron el totalitarismo comunista, y a quienes luego lo defendieron y promovieron a pesar de la naturaleza criminal del sistema. Por otro lado, el ensayo se propuso celebrar a destacados artistas que, con su visión humanitaria, lograron dar voz a los millones de víctimas del comunismo, para que estas habiten en nuestra memoria y en la de las generaciones futuras.

En honor de todas esas víctimas, el siete de noviembre de este año hagamos un minuto de silencio y luego digamos, una vez más y en voz muy alta, *NO a la violencia comunista, SÍ a la paz de la libertad*.

BIBLIOGRAFÍA

- Acton, H. B. (1962). *The Illusion of the Epoch: Marxism-Leninism as a Philosophical Creed*. Indianapolis, IN: Liberty Fund.
- Amaral, Samuel. (2009). “El largo viaje de un rojo español: Del marxismo a la libertad en Jorge Semprún”. *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, 51: 147-200.
- Anstett, Elizabeth. (2011). “Mémoire des répressions politiques en Russie post-soviétique: le cas du Goulag”. *Online Encyclopedia of Mass Violence*.
- Arenas, Reinaldo. (1984). “Reinaldo Arenas azota Europa: Una entrevista exclusiva”, *Mariel: Revista de Literatura y Arte*, 4: 7-10.
- Arenas, Reinaldo. (2001). “Introducción del símbolo de la fe”, en *Inferno: Poesía completa*, pp. 93-96. Prólogo de Juan Abreu. Barcelona: Lumen.
- Arenas, Reinaldo. (2013). *Antes que anochezca*. Barcelona: Tusquets.
- Arenas, Reinaldo y Jorge Camacho. (1988). “Carta a Fidel Castro”, 27 de diciembre (www.cubademocraciayvida.org/web/article.asp?artID=10231).
- Aron, Raymond. (1975). *Historia y dialéctica de la violencia*, Caracas: Monte Ávila Editores.
- Berlin, Isaiah. (2002). “Political Ideas in the 20th Century”, en Henry Hardy (comp.), *Liberty*, pp. 55-93. Oxford: Oxford University Press.
- Berry, Susan. (2016). “Karl Marx’s

-
- ‘Communist Manifesto’ Ranked Among Top Three Assigned College Texts” (www.breitbart.com/big-government/2016/01/29/karl-marxs-communist-manifesto-ranked-among-top-three-assigned-college-texts/).
- Bonet, Pilar (2017). “¿Qué queda de la Revolución de Octubre?” *El País*, 11 de abril.
- Borges, Jorge Luis. (1985). “Nuestro deber es la verosímil esperanza”. *El País*, 3 de noviembre.
- Borón, Atilio. (2000). “Filosofía política y crítica de la sociedad burguesa: El legado teórico de Karl Marx”, en A. Borón (comp.), *La filosofía política moderna: De Hobbes a Marx*. Buenos Aires: CLACSO/EUDEBA.
- Borón, Atilio. (2017). “Atilio Borón le aconsejó a Maduro movilizar las fuerzas armadas y ‘aplastar’ a la oposición”, 31 de mayo (www.infobae.com/politica/2017/05/31/atilio-boron-le-aconsejo-a-maduro-movilizar-las-fuerzas-armadas-y-aplastar-a-la-oposicion/).
- Camus, Albert. (s/f). “Hacia el diálogo”. (http://www.lainsignia.org/2005/enero/cul_023.html).
- Cole, Julio (2012). “Cruzando el umbral de la sociedad abierta: Ideología y libertad en las primeras novelas de Mario Vargas Llosa”, en Sergio Sarmiento (comp.), *Sexto Concurso de Ensayo Caminos de la Libertad: Memorias*, pp. 27-49. México: Fomento Cultural Grupo Salinas.
- Courtois, Stéphane (comp.). (2014). *El libro negro del comunismo: Crímenes, terror y represión*. Trad. Cesar Vidal et al. Madrid: Ediciones B.
- del Barco, Oscar. (2004). “No matarás”, carta a Sergio Schmucler. Diciembre. (<https://revistaelinterpretador.wordpress.com/2016/11/16/no-mataras-carta-de-oscar-del-barco-a-sergio-schmucler-revista-la-intemperie-a-partir-del-testimonio-de-hector-jouve/>).
- Domínguez Michael, Christopher. (1983). “Los marxismos mexicanos: Batallas por la tierra baldía”. *Nexos*, 70 (octubre): 25-32.
- Groppo, Bruno. (2014). “Los problemas no resueltos de la memoria rusa”. *Nueva Sociedad*, 253 (sept-oct): 89-104.
- Grossman, Vasili. (2008a). *Todo fluye*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Grossman, Vasili. (2008b). *Vida y destino*. Trad. Marta Rebón. México: Lumen.
- Guevara, Ernesto (“Che”). (1967.). “Crear dos, tres, muchos Vietnam: Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental” (www.marxists.org/espanol/guevara/04_67.htm).
- Havel, Vaclav. (1994). “A Call for Sacrifice: The Co-responsibility of the West”. *Foreign Affairs*, 73 (2): 2-7.
- Hayek, Friedrich. (2008). “Prefacio de 1976”, en *Camino de servidumbre* [1944]. Madrid: Unión Editorial.
- Hilb, Claudia. (2010). *Silencio, Cuba: La izquierda democrática frente al régimen de la Revolución Cubana*. Buenos Aires: Edhasa.
- Kolakowski, Leszek. (1983). “Marxism and Human Rights”. *Daedalus*, 112 (4): 81-92.

-
- Krauze, Enrique. (2010). *El poder y el delirio*. México: Tusquets.
- Lee, Gregory y Noël Dutrait. (2001). "Conversations with Gao Xingjian: The First 'Chinese' Winner of the Nobel Prize for Literature". *The China Quarterly*, No. 167 (Sept): 738-48.
- Leis, Héctor R. (2013). *Un testamento de los años 70: Terrorismo, política y verdad en la Argentina*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Lenin, Vladimir. (1981 [1902]). *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*. Moscú: Editorial Progreso.
- Mahoney, Daniel J. (2016). "La Rueda Roja, de Alexander Solzhenitsyn". *Humanitas*, 21 (81): 68-81.
- Marx, Karl. (1848). "The Victory of the Counter-Revolution in Vienna". *Neue Rheinische Zeitung*, No. 136 (5 de noviembre).
- Marx, Karl, (1946 [1867/1888]). *El capital*, Tomo I. Trad. de Wenceslao Roces. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, Karl y F. Engels. (1848). *Manifiesto Comunista* (<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>).
- Mises, Ludwig von. (1961 [1922]). *Socialismo: Análisis económico y sociológico*. Trad. de Luis Montes de Oca. México: Editorial Hermes.
- Paz, Octavio. (2000). *Octavio Paz. Sueños de Libertad. Escritos políticos*, México: Editorial Seix Barral.
- Verdugo, Carlos. (1989). "Selección de escritos socio-políticos de Karl Popper". *Estudios Públicos*, 35: 333-412.
- Rand, Ayn, (1974). *Los que vivimos*, Buenos Aires: Hyspamérica.
- Rangel Carlos, (2002 [1987]). *The Latin Americans: Their Love-Hate Relationship with the United States*. New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.
- Rivera, Diego y André Breton. 1938. "Manifiesto por un arte revolucionario independiente" (http://70.32.114.117/gsd/collect/revista/index/assoc/HASH6c10/87afd0bd.dir/r83_41nota.pdf).
- Romero, Aníbal (1999). "Sartre: filosofía de la violencia" (<http://anibalromero.net/Sartre.pdf>).
- Rummel, R. J. (2005). "Reevaluating China's Democide to 73,000,000". *Democratic Peace Blog*, 10 de octubre (<https://democraticpeace.wordpress.com/2008/11/24/reevaluating-chinas-democide-to-73000000/>).
- Ruy Sánchez, Alberto. (2017). "El triunfo de Tzvetan Todorov". *Nexos*, 39 (472): 54-58.
- Salles, Walter (dir.) (2005.). *Diario de motocicleta* (<https://vimeo.com/71190200>).
- Sartre, J. P. (2011 [1961]). "Prefacio" a Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra* (https://matxingunea.org/media/pdf/Fanon_Los_condenados_de_la_tierra_def_web_2.pdf).
- Julian Schnabel (dir.) (2000). *Before Night Falls* (www.youtube.com/watch?v=K5FCNS2lyvA).
- Solzhenitsyn, Alexander. (2017). *March 1917: The Red Wheel, Node III, Book I*. South Bend, IN: University of No-
-

tre Dame Press.

Thomas, Kevin. (1994). “‘To Live’: A Sweeping Saga of Modern China”. *Los Angeles Times*, 14 de diciembre.

Todorov, Tzvetan. (s/f). “The Memory of Totalitarianisms”, Centre national de la recherche scientifique, París (<http://www.eurhistxx.de/spip.php%3Farticle43&lang=en.html>).

Trotsky, Leon. (2000 [1937]). “Bolchevismo y Stalinismo: Sobre la cuestión de las raíces teóricas e históricas de la IV Internacional” (<https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1930s/bolchev.htm>).

Vargas Llosa, Mario. (2010). “Elogio de la lectura y la ficción”. Discurso Premio Nobel, 7 de diciembre. Estocolmo: Fundación Nobel.

VV. AA. (1971). *El caso Soljenitsyn*. Trad. y prólogo de Irina Astrau, Buenos Aires: Editorial Intercontinental.

Williamson, Edwin. (1992). *The Penguin History of Latin America*. London: Penguin Books.

Xingjian, Gao. (2000). “Nobel Lecture”, 7 de diciembre. Trad. Mabel Lee. Estocolmo: Fundación Nobel.

Xingjian, Gao. (2003). *El libro de un hombre solo*. Barcelona: Planeta.

Zhang Yimou (dir.) (1994). *To Live* (<https://www.youtube.com/watch?v=ZB7HYhUpDz8&t=112s>).

Žižek, Slavoj. (2010). *Sobre la violencia: Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós.